

Que rueda en el ocaso,
Dejando como huella de su paso
La luna brilladora,
Caiste en el abismo,
Nítido sol del mexicano cielo;
Pero dejando al terminar el vuelo,
La luna de tí mismo.

Sacerdote titánico del arte,
Envuélvete sonriendo en la mortaja
Que te arropa en la huesa....
Envuélvete inmortal bajo la losa
Donde tu cuerpo mísero reposa
Y se alza el pedestal de tu grandeza.
¡Adios, muerto sublime!
¡Sublime y noble atleta del proscenio!
Descansa en paz mientras tu patria gime
Sobre el recuerdo que tu gloria abona,
Y mientras teje en su santuario el génio,
Para rodear tu nombre una corona.

1870.

OCAMPO

“Allá....!” se dijo, y extendiendo al aire
Las gigantescas plumas,
Con la mirada fija en los fulgores
Que á través de las brumas
Conducen en su vuelo á los condores,
Subió asentando la atrevida garra
Sobre la cumbre inmensa,
Donde el mundo genésico concluye
Y se levanta el mundo del que piensa;
Sobre la blanca cima de esa roca
Cuyas piedras de mármol y granito
Se alzan, entre lo azul de lo infinito,
De pedestal sublime al que las toca;
Allí donde se encienden los tabores
Con su grandiosa y santa refulgencia,
Al resonar del cántico que entona
Como un grito de alarma la conciencia.

*

Subió, llegó, y al extender los ojos,
Sobre la turba de hombres
Que germinaba de sus piés debajo,

Anhelando mirar lo que es un pueblo
 Que marcha por la senda del trabajo,
 En vez de la ilusion de su utopía,
 Halló un pueblo de libres
 Envuelto del incienso entre el aroma,
 Y enlazando á su cuello esa cadena
 Cuyo eslabon primero empieza en Roma;
 Halló la libertad aprisionada
 Entre los negros muros del convento,
 Y un *mas-allá* de luto y de tinieblas
 Marcando el *hasta-aquí* del pensamiento;
 Al Dios-dulzura convertido en otro
 De sangre y de venganza,
 Al Dios-créador entrando en la pelea
 Con el rojo puñal de la matanza;
 Y gozando al murmullo de los salmos
 Y gozando al gemir de la agonía,
 Al Dios que solo quiere en sus altares
 Los himnos del amor y la poesía.

*

Y "No!" dijo él, ardiendo
 En esa inspiracion sencilla y santa
 Que hizo del vagabundo de Judea
 El muerto mas sublime de los muertos
 En el martirologio de la idea;
 "Ya es tiempo de volver á su santuario

El dulce amor de la familia humana,
 Sustituir el hogar al relicario,
 Sustituir la violeta al incensario,
 Y el trino del turpial á la campana;
 Ya es tiempo de rasgar el negro abismo
 Que oculta la verdad á la existencia,
 Y cambiar por el dios del fanatismo
 El dios de la razon y la conciencia."
 Dijo, y abandonando las remotas
 Cumbres de la esperanza y de la vida,
 Bajó á la tierra entre las dulces notas
 De esa cántiga tierna y bendecida
 Cuya primera vibracion se escucha
 Brotando de las arpas del delirio,
 Y la última en la lucha
 Con el ay! estertóreo del martirio.

*

Bajó, y apóstol de la *buena-nueva*
 De la luz y el derecho,
 Su palabra de paz sonó en los aires
 Anunciando al Mesías
 Que el porvenir en su ilusion espera,
 Y de quien son augustas profecías
 Las protestas del mártir en la hoguera.
 Bajó, y envuelto entre el vapor espeso
 De los blancos perfumes conventuales

El pueblo suyo, por el monje opreso,
Escuchó la palabra de progreso
Salida de sus labios inmortales;
Y al buscar al apóstol atrevido
Donde su airado grito resonara,
Oyó el nombre de Dios luego un gemido,
El incienso quedo desvanecido
Y allí estaba el cadáver junto al ara.

*

La lucha fué un instante
Un instante no más, y aquel vidente,
Misionero de luz entre los ciegos,
Se hundió en la sombra y ocultó la frente.

*

Fué el condor que se lanza de las nubes
Sobre el tigre feroz que le arrebató
Los polluelos hermosos de su cría,
Y que baja, se mece,
Lucha, se aparta, vuelve, le provoca,
Y en el punto de herirle se estremece
Gayendo á agonizar sobre una roca.

*

Murió su apostolado
Hizo temblar en su poder al fraile,

Y el fraile en nombre de ese dios maldito
Que vive entre la noche y lo cubierto,
Armó su mano entre la niebla impía,
Y despues, al nacer del otro dia,
Halló el mundo *un patíbulo y un muerto.*

*

Ese muerto allí está dentro el sepulcro
Cavado para ahogar en su silencio
La gigante protesta de sus labios
Esqueleto sublime y majestuoso,
Mas grande y elocuente en el reposo
De su lecho eternal y soberano,
Que en medio de la grita atronadora
Que alzara en su redor el Vaticano.
Allí está en ese túmulo sombrío
Regado con el llanto de los libres
Santa reliquia que la edad presente
Guarda de su cariño
En el inmenso y dulce relicario,
Como un recuerdo de tristeza y gloria,
Que evoca del pasado en la memoria
Su camino de sangre y su calvario.
Allí está murmurando una esperanza
De miel y libertad para el futuro,
Precursor auroral de esa lumbrera
Tanto soñada y esperada tanto

Y á cuya luz en hoy vienen tus hijos
 A arrullar tu dormir con sus canciones.
 A gemir en tu polvo, y á decirte
 Sus nobles y sentidas bendiciones

*

Mártir! descansa ya de la tarea,
 Y duérmete en el lecho de perfumes
 Con que la gratitud cubre tu fosa
 Duérmete ya miéntras la fé y el templo
 Cuyo poder alcabo se derrumba,
 Vienen á despertarte en su caída,
 Dé tu sueño inmortal bajo la tumba.

1870



UNO Y QUINIENTOS



Pensando las quinientas unidades
 Que un número quinientos componían,
 Que si quinientas eran
 Al uno y nada mas se lo debían;
 En sociedad se unieron, y los miembros,
 Sin vacilar ni protestar alguno,
 Levantaron un templo y en sus aras
 Pusieron como Dios al número uno.

**

Miéntras que unidos todos le adoraron
 A nadie aquello le causo extrañeza;
 Pero cierta ocasion en que uno de ellos
 Llegó solo del templo á los umbrales,
 A pesar de la fé y el fanatismo,
 Se halló con que él y Dios eran lo mismo,
 Puesto que el uno y él eran iguales.

Despues de recorrer estos renglones
 Que tantas reflexiones nos ofrecen,
 Deduzco éntre otras muchas conclusiones,
 Que en materia de Dios y religiones
 Los quinientos y el mundo se parecen.

1870

LA SOÑADORA

ODA

Leida por José Zamora á nombre de su autor,
 en el beneficio de María Servin.

Pueblo: tú que prorrumpes en gigantes
 Himnos de admiracion y de entusiasmo
 Ante el arte y lo bello;
 Tú, de cuya alma toma
 La vestal de la gloria y de la fama
 Fuego para encender á su destello
 De su lámpara mística la llama;
 Tú, que eres soñador y eres artista
 Lo mismo entre la paz que entre la lucha,
 Prepara una guirnalda de tus flores
 Mas queridas y escucha.

Era una cuna, un lecho entretejido
 De gazas y jazmines
 Pequeño, vaporoso, recogido
 Una forma de nido
 Como esos que se ven en los jardines.

Y en ese nido columpiado al aire
 Con el vaiven arrullador del viento,
 Era una niña hermosa que soñaba
 Con yo no sé que blanco pensamiento;
 Una niña inocente que dormía
 Entre los chales de su tibia cuna,
 Como una de esas hadas misteriosas
 Que finjen las tinieblas y la luna
 Entre el húmedo cáliz de las rosas;
 Virgea de amor en cuya casta frente
 El sol de lo inmortal resplandecía
 Majestuoso y ardiente,
 Con su rayo de luz grabando en ella
 Esa chispa radiosa que, mas tarde,
 Ante el sepulcro abierto se alza estrella
 Y en la *via-lácta* de los genios arde.

Y la noche era negra, era una noche
 Que flotaba impalpable como un velo
 Prendido en las montañas,
 Sin la luz de un zig-zag entre las sombras
 Ni la luz de un cocuyo entre las cañas;
 Negro y vasto ropaje
 Que cobijaba al átomo del mundo
 Como el grano de arena el oleaje,
 Quedando aquella niña en el vacío
 De las tinieblas, escondida y sola,

Como queda la gota de rocío
 Cuando cierra la brisa una corola

Mas de pronto la curva de los cielos
 Recogió su gigante vestidura,
 Y libre de los pálidos fantasmas
 Que rodaban informes en la altura,
 El aire se cubrió de resplandores
 Que se acercaron tibios y temblantes,
 Circuyendo la frente de la niña
 Como un laurel inmenso de diamantes;
 Y entónces una voz cuya cadencia
 Sonaba arrulladora
 Como el canto de amores de la virgen,
 Se oyó que repetía
 En su dulce cascada de gorgeos:
 —Duérmete, vida mia,
 Gozando con la luz y la poesía
 De la región que pueblan tus deseos
 Duérmete, flor del arte,
 A las que el beso de las auras mece
 Duérmete y cuando venga á despertarte
 La voz de tu destino,
 Yo, el ángel de tu cuna,
 Regaré de perfumes y de galas
 La áspera cumbre que tu genio adora,
 Y adonde tienden las inmensas alas
 Tu ambicion y tu fé de soñadora.

Dijo la voz: y la corona ardiente
 Ensanchando su cerco luminoso
 De estrellas inmortales,
 Se perdió en los lejanos horizontes,
 Mezclada con el fuego de la aurora
 Que asomaba su luz tras de los montes.

Después, aquella niña
 Despertó de su mágico letargo,
 Y emprendiendo el camino
 De la jornada que á la gloria lleva
 Entre el dolor y el desaliento amargo,
 El mundo la miró sobre el proscenio
 Arrancando un laurel á su destino
 Y esculpiendo su busto peregrino
 Sobre el augusto pedestal del genio.
 Blanca y tierna paloma
 Que hasta el t mplo del arte aiz  las alas
 Para robar al arte sus secretos,
 Descendiendo después sonriente y bella
 Entre el aplauso universal de un mundo
 Lleno de amor y admiración por ella.

Por ella, que eres t , la que hoy recojes
 El ideal de tus sueños infantiles
 Entre el incienso embriagador del triunfo
 Por t  que haces latir entusiasmado
 El corazón del pueblo que hoy arranca

La cadencia mas dulce y mas sentida
 Del arpa de su gloria,
 Para arrojarla con su flor mas blanca
 Sobre el gigante altar de tu victoria.

Por ella, que eres t , la mas querida
 Esperanza de México, la vírgen
 A quien el porvenir desde la cuna
 Prometiera su espléndida guirnalda,
 Y que hoy viene al rumor de las conquistas
 Que tu celeste inspiración abona,
 A ceñir en tu frente esa corona
 Que hace iguales   Dios y   los artistas.

1870.



OBLACION

A los muertos de la Sociedad Filoiátrica.

Cuando la aurora enciende las montañas,
Y el águila que duerme
Se siente acariciada por sus besos,
El águila se agita entre las rocas
De su salvaje y solitario nido,
Tiende la vista al cielo
Dominio de su empuje soberano,
Y desatando el poderoso vuelo,
Cruza la selva, el llano,
Del llano se levanta hasta las cumbres
Que la extension corona,
Y allí, fuerte y robusta,
En pie sobre la nieve y el granito,
Se alza de nuevo y sube hasta que incrusta
Sus formas de gigante en lo infinito.

Cuando el sol de la gloria,
Surgiendo en el espacio-inteligencia
Baña á un niño en su luz, el niño se alza
Sobre el desierto oscuro de la vida;

Y guiado por la fé que en su conciencia
Lleva como una lámpara encendida,
Desterrado del cielo sobre el mundo,
Y entreviendo su patria
A traves de la bruma de su ensueño,
Se lanza de su ensueño por la vía,
Dejando al confundirse con la nada,
De su carrera de astros como huellas,
Las letras de su nombre,
Que son como las mágicas estrellas
Que brillan al crepúsculo del hombre.

Letras que al proyectar sobre la tumba
Sus luces inmortales,
Son la mas grande historia
Que pudiera grabar en sus anales
La vírgen soberana de la gloria.

En la cuna de aquellos
Que hoy tienen nuestras almas por santuario,
Y por incienso, el de las rosas blancas
Que nacen en los bordes del osario,
Tambien surgió con su fulgor de aurora
La chispa de la idea; tambien ellos
Sintieron palpar sobre su frente
Los ósculos de ese ángel que en la noche
Baja á inspirar sus sueños al creyente
Sueños blandos y dulces como todos

Los que su ánfora encierra,
Y que al fundirse con el hombre, lo hacen
La encarnacion de Dios sobre la tierra.

El ideal de sus almas, el que en ellos
Infiltraba la luz de sus caricias,
Era el amor bajo la doble forma
Del espacio y del mundo,
Del mundo, en la expresion de sus dolores
Marcados por la faz de un muribundo,
Y del espacio, como la hostia blanca
En donde oculta su divina esencia,
Ese Cristo del pobre y del que sufre,
Que se llama la ciencia.

Y esa fué su vision, esa la doble
Senda en que dividieron el camino,
Señalado en su afan supremo y noble
Por la sonrisa de ángel del destino;
Esa la ardiente cima en que se alzaron
Pensadores y apóstoles á un tiempo,
Buscando la verdad miéntras vertian
La miel de sus virtuosos corazones. . . .
Iguales á esas nubes que se lanzan
Tras la huella del sol por el vacío,
Derramando á la vez sobre la tierra
Las caricias de amor de su rocío.

Y así fueron en tanto que la vida
Latió bajo sus cráneos;
Fé y corazon, estrellas y perfumes;
Sublime dualidad de una alma misma
Que en distinta region alzando el vuelo,
Arriba, era la forma de la idea,
Y abajo, era la forma del consuelo!

Así fueron . . . constante sacrificio
Sobre el altar del bien, mártires prontos
A morir por sus creencias en el ara
De la impiadada suerte;
Grupo de caridad que aparecia
Fiel en cumplir su augusto pensamiento,
Donde quiera que hallaba un sufrimiento,
O el buitre de la muerte se mecía. . . .!

Y cuando llenos de ese santo orgullo
Que la virtud derrama en la conciencia,
Tocaban ya la cumbre brilladora
De su vision querida,
La vida los dejó! . . . pero las frases
Que al dolor arrancaron con su muerte,
Fueron bajo el destello sacrosanto
Que irradiaba al fulgor de su memoria,
Las primeras estrofas de ese canto
Que hoy los arrulla en su mansion de gloria.

Allí duermen, y allí como un perfume
 Se alzan las bendiciones por la noche,
 Flores del corazón que agradecidas
 Bajo el ojo de Dios abren su broche:
 Allí duermen, y allí los que en el mundo
 Les dijimos hermanos,
 Depositando la oblación sencilla
 De nuestro amor, hacemos de sus nombres
 El grito de entusiasmo que en la lucha
 Dará al cobarde animación y brío;
 Y del radioso albor de su recuerdo
 Un astro suspendido en el vacío,
 Que será en los instantes de la prueba,
 Cuando el cansancio nuestra frente amague,
 La antorcha sideral en donde el alma
 Encenderá su fé cuando se apague.

1871.

RASGO DE BUEN HUMOR

¿Y qué, será posible que nosotros
 Tanto amemos la gloria y sus fulgores,
 La ciencia y sus placeres,
 Que olvidemos por eso los amores,
 Y mas que los amores, las mujeres?

¿Seremos tan ridículos y necios,
 Que por no darle celos á la ciencia,
 No hablemos de los ojos de Dolores,
 De la dulce sonrisa de Clemencia,
 Y de aquella que, tierna y seductora,
 Aun no hace un cuarto de hora todavía,
 Con su boca de aurora,

“No te vayas tan pronto,” nos decía?
 ¿Seremos tan ingratos y tan crueles,
 Y tan duros y esquivos con las bellas,
 Que no alcemos la copa
 Brindando á la salud de todas ellas?

Yo, á lo ménos por mí, protesto y juro
 Que si al irme trepando en la escalera

Que á la gloria encamina,
La gloria me dijera:

—Sube, que aquí te espera
La que tanto te halaga y te fascina;
Y á la vez una chica me gritara.
—Baje usted, que lo aguardo aquí en la esquina;
Lo juro, lo protesto y lo repito,
Si sucediera semejante historia,
A riesgo de pasar por un bendito,
Primero iba á la esquina que á la gloria.

Porque será muy tonto
Cambiar una corona por un beso;
Mas como yo de sabio no presumo,
Me atengo á lo que soy de carne y hueso,
Y prefiero los besos y no el humo,
Que al fin, al fin, la gloria no es mas que eso.

Por lo demas, señores,
¿Quién será aquel que al ir para la escuela
Con su libro de texto bajo el brazo,
No se olvidó de Lucio ó de Robredo
Por seguir paso á paso,
A alguna que nos hizo con el dedo
Una seña de amor, así . . . al acaso?
¿O bien que aprovechando la sordera
De la obesa mamá que la acompaña,

Nos dice:—No me sigas!
Porque mamá me pega y me regaña?

¿Y quién no ha consentido
En separarse del objeto amado
Con tal de no mirarlo contundido?

¿Quién será aquel, en fin, que no ha sentido
Latir su corazón enamorado,
Y á quién mas que el café, lo ha desvelado
El *café* de no ser correspondido?

Al aire pues, señores,
Lancemos nuestros hurras por las bellas,
Por sus gracias, sus chistes, sus amores,
Sus perros y sus gatos y sus flores
Y cuanto tiene relacion con ellas.

Al aire nuestros hurras
De las criaturas por el sér divino,
Por la mitad del hombre,
Por el género humano femenino.

BIBLIOTECA ALFONSO
MARTÍNEZ DE
SOTO UNIVERSITARIA